

la maldita estancia, que nada me revela de su secreto, y luego se detiene nuevamente en el armario: en el armario de donde salió y donde quizá lo han vuelto a meter mientras le hacen otra tumba... Porque tal vez está aún ahí el muerto inagnífico...

¿Tal vez? ¡No! Estoy seguro de ello.

Una fuerza de la que no soy dueño encamina mis pasos hacia el mueble fatal.

—¿Adónde va, caballero?...

Esta vez me parece que su voz es menos segura y que el gesto con que me detiene ha sido un poco precipitado.

Ahora me corresponde el turno de tener lástima. Y recobrándome digo por decir algo:

—Es un viejo armario normando...

—Es, caballero, un viejo arcón completamente auténtico del Renacimiento provenzal... No me queda otro mueble de mi madre. Ella lo heredó de su abuela... Dentro guardo ropa blanca y fuerte como ya no se hace ahora.

Me inclino para despedirme. Me alarga la mano. Comprendiendo que si la toco con mis labios voy a hacer locuras, echo a correr... En fin de cuentas, ha muerto. ¡Ha muerto! Y eso es lo principal... El viejo Norbert estaba en su derecho, en el derecho romano, que es el único derecho en la casa de uno... Cierto es que si bien ha matado al hombre de la capa, no ha tocado un pelo de su hija... Pero ¡ha hecho bien!... Una criatura semejante es sagrada, haga lo que haga. ¡Buen *páter familias!* Le estrecho la mano en su tienda antes de correr a encerrarme en la mía. ¡Qué horrible es todo esto!...

IV

LA ROJA GOTTA DE SANGRE PESA MÁS QUE EL MAR
ENFURECIDO

—Sí, señor Benito... Ahí, como le digo, pasan cosas extrañas. Cuando esta mañana le he visto atravesar el comedor, he estado a punto de salirle al paso para que no siguiera, porque temía alguna desgracia. Un día que entré en el jardín sin que me dieran permiso creí que iban a comerme. Son peores que salvajes, ¡peores que salvajes!

»No quieren a nadie, absolutamente a nadie, a su alrededor. Yo hasta me asombro de que me hayan llamado para hacer faenas, si bien es verdad que hay cosas que la señorita no puede hacer. Fregar la vajilla, por ejemplo, le repugna a esa muñeca con manos de gran señora que no tiene un céntimo. ¡Porque no tiene un céntimo! Y está tan orgullosa como si no lo hubiera ido vendiendo todo. Estos ojos míos que se ha de comer la tierra han visto cómo se marchaba la vajilla de plata, compuesta de piezas que parecían antiguas y que seguramente eran recuerdos de familia. También han salido cuadros, muebles... Hace tres años que la casa se va vaciando. ¿Cómo? ¿Por qué?

»Dicen que el viejo busca el movimiento continuo. ¿Qué es eso del movimiento continuo? ¡Yo sí

que he encontrado el movimiento continuo! ¿Acaso no estoy siempre de arriba para abajo? Los pobres nunca tenemos un minuto de descanso.

»Pero si acaso el señor Norbert está chiflado, los otros debieran tener el sentido común que a él le falta. Pero ¡ca! El médico parece tan majareta en su laboratorio del fondo del jardín como el viejo y la señorita en el taller. Precisamente se lo decía hace poco a la señorita Barescat: cuando llego por la mañana y sale de allí para dirigirse al anfiteatro ¡tiene una cara!... ¿En qué pasará la noche?

»En cuanto a la señorita, siempre parece que esté paseando por el mismísimo paraíso. Pasa junto a una como si una fuera un insignificante animalillo.

»Sin embargo, hace un par de días le vi los ojos colorados.

»¡Ay, señor Benito! Me da miedo esa casa. A menudo siento tentaciones de no volver... A no ser por la señorita Barescat, que es tan curiosa como yo, hace mucho tiempo que les hubiera dicho adiós.

Estas palabras han sido pronunciadas en la trastienda de la señorita Barescat, la paquetera. He ido allí con una excusa cualquiera, para ver a la señora Langlois. La conversación de estas dos mujeres me parece terrible *para los demás...*

La señorita Barescat escucha a la señora Langlois moviendo la cabeza y acariciando a su gato... Por nada del mundo accedería la señorita Barescat a separarse de su gato. Sólo la muerte podrá desunirles; pero la ausencia no los separará nunca. Reciben juntos todas las confidencias, acompañan a las personas hasta la puerta y, cuando se quedan solos, traman pequeños complots que pue-

den llevar a las personas más tranquilas al trastorno o al suicidio.

De todos modos, procuro tranquilizarme; lo que se dice en casa de la paquetera no va más allá de lo que suele ir la chismorrería. Finalmente, hago una declaración destinada en mi espíritu a tranquilizar las inquietudes de la señora Langlois.

—La imaginación es una gran cosa, señora Langlois, porque adorna las inteligencias más rústicas y da, concretándose a la conversación de usted, un carácter que me gusta, porque siempre he sido aficionado a los cuentos un poco temerosos. Desde ese punto de vista continúo siendo muy niño. Así es que no me cansaré de oírle hablar del viejo Norbert, de su sobrino y de su hija, como también de la rara vida que llevan. Además, tampoco he de negarle que se debe en gran parte a sus cuentos que yo haya penetrado tan bruscamente en el jardín prohibido y que haya subido con tanta prisa la escalera que conduce al misterioso estudio. Pero, la verdad, señora Langlois, me obliga a decirle que en casa de los Norbert no he encontrado nada que pueda justificar los escrúpulos con que usted mira a esas personas. El estudio es vulgarísimo; he visto lo menos veinte iguales.

—Entonces—objetó ella dirigiendo a la señorita Barescat una mirada maliciosa—, ¿por qué se rodean de tanto misterio que llegan a no querer que yo vaya a pasar la escoba?

—Los artistas tienen manías—repuse.

—¡Ya, ya! Y entre ellas tienen la de que les agrade el polvo... La cosa es tanto más extraña cuanto que la guapa de Cristina es más limpia que los chorros del oro... Tengo la seguridad de que no es ella la que barre... Antes de usted sólo he visto entrar en el estudio a un hombre, desconocido, por supuesto, al viejo Norbert y a su so-

brino. De ello hace dos meses... Ya se lo dije a la señorita Barescat... ¡Qué tipo!... Llevaba una capa que le envolvía de los pies a la cabeza y llevaba botas...

—¿Ve usted cómo reciben a gente de fuera de casa?—dije, procurando darle a mi voz el tono más natural, aun cuando me encontrase singularmente emocionado por la última declaración de la asistenta.

—¿De fuera?... Quizá sí... Lo parecía... No viste como por aquí... Llevaba un sombrero negro como los que se ven en las películas del tiempo de la Revolución... Se le podía tomar por cómico... Y era guapo, aunque, a la verdad, no tuve tiempo de verle bien... Era una tarde en que me presenté por casualidad. Y como no me esperaban... Le hicieron salir en seguida... Estaba sentado en el jardín... La señorita Cristina se lo llevó callandito al taller... El sobrino les siguió... En cuanto al viejo, me había agarrado de la muñeca y me llevaba a la tienda. Nunca se me irá del oído el tono con que me dijo: «¿Qué quiere usted, señora Langlois?» ¡Ay, qué miradas!

»Yo le contesté:

»—¡Perdone que le haya molestado, señor Norbert!... No sabía que tuviera visita.

»Gruñó no sé qué entre dientes, le dije lo que tenía que decirle y me fui... ¿Lo recuerda, señorita Barescat?

¡Claro está que lo recordaba! También el gato parecía recordarlo. Ronronearon ambos en señal de asentimiento, mientras la mujer acariciaba al felino.

—Esperamos que saliera... ¡Pero no salió!—añadió la señora Langlois—. Y nunca he vuelto a ver a ese hombre.

—En cuanto a mí, ni tan siquiera le vi entrar

—manifestó la paquetera echándose las gafas a la frente y mirándome con sus ojos color de polvo.

Entonces dije:

—¡Ya sé, ya, de quién queréis hablar!... Es un amigo de la familia... Yo le he visto entrar algunas veces, y recuerdo perfectamente que le vi salir hace unos dos meses, hacia las diez de la noche...

¡Oh, miento, miento!... ¡Me hago cómplice de ellos!... ¡Quiero salvarla aunque ella, aunque ellos hayan hecho cualquier barbaridad!...

El fin de la jornada lo paso bastante mal... Procuro proyectar mi pensamiento en torno al drama de que he sido testigo, procuro iluminarlo con algunos resplandores de las conversaciones oídas en la paquetería...

¿Conque hace dos meses ya estaba Gabriel en casa del relojero?... ¡Y yo no sabía nada!... ¡Y a su alrededor estaba toda la familia!... ¿Conque Cristina no le recibía a escondidas?... No, no... De todos modos, lo tenía oculto en el armario... ¡Eso es evidente!...

Los demás creían que se había marchado, ¡y estaba en el arca!...

Todo eso es muy extraordinario, porque... ¡no estaría dos meses en el mueble cuando lo asesinaron!...

¿Cómo ha escapado a la atención sostenida, al constante espionaje de la paquetera, de la asistenta y de mí, siempre al acecho tras las cortinas?

Cuando recuerdo la tan atroz escena, me veo obligado a apreciar que los dos hombres no parecieron completamente sorprendidos del hecho...

Las palabras del padre, que desde entonces cantan en mi oído una música singular, a la que inútilmente me esfuerzo en dar un sentido, prueban cuando menos que no se sorprendió mucho al

encontrar a su hija en compañía del misterioso visitante :

—¡No me obedecías! Y tenías la culpa tú. ¡Debí recelarlo!

Pero el caso es que el viejo lo mató... ¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Porque lo había encontrado con su hija?... ¿Porque no le obedecía?... Tal vez por ambas cosas... Pero ¿en qué no le obedecería?... ¿Qué exigiría el viejo al desgraciado joven a quien he visto asesinar con una furia tan súbita?...

En cuanto al prometido, también debía de saber de qué se trataba, porque conservó una perfecta sangre fría.

Norbert, luego de haber matado, parecía un loco. Cristina suspiraba como si fuera a morir. Pero Jaime Cotentin había recogido el cadáver sin esfuerzo aparente y se lo había llevado al taller sin decir una palabra...

¿Qué harán ahora con el cadáver?... Aun no lo han enterrado en el jardín... Quizá lo dejen para esta noche. La pasaré en la guardilla... ¡Presiento que esta noche veré algo!... Los dos hombres parecen muy preocupados. Adivino lo que les preocupa... «La roja gota de sangre pesa más que el mar enfurecido...» Lady Macbeth lo ha experimentado antes que mis vecinos de la Ile-Saint-Louis...

Aquella noche... Aquella noche pesará mucho en mi memoria. ¡Noche pesada, con sus nubes de hollín, su agua de plomo, porque ha llovido un poco, ha llovido lágrimas ardientes y sus fulgores de azufre!

Aquella noche la «Virgen» se levantó también y se me apareció nuevamente con su armonioso dolor.

Hablo de Cristina. ¿Por qué no continuar llamándola la «Virgen»? Porque mis ojos han visto. ¿Y qué han visto? ¿Acaso sé lo que mis ojos han

visto? ¿Acaso lo saben ellos? En fin de cuentas, se puede tener escondido a un hombre en un baúl y permanecer pura... ¡Me gusta esta consideración!... Encuentro a Boubouroche sublime y más interesante que los Sganarelles que ríen... Me place que el horrible drama—del cual lo ignoro todo—no haya rebajado a mi divinidad...

¡Atención, atención!... Yo también tengo mi drama, del cual lo ignoro todo asimismo... Es un drama que me oprime con sus tentáculos invisibles, que poco a poco acabarán absorbiéndome el pensamiento; un drama al fin del cual, *si el azar lo quiere, quizá se halle el patíbulo...* Y, sin embargo, ¡también yo soy puro!...

¡No juzguemos a nadie, Señor!... Temamos las formas que toman las cosas al rozarnos y no digamos en voz alta, con el triste orgullo del ser que no tiene los sentidos cabales, «esto es» o «esto no es»... ¡Desconfiemos, desconfiemos!... El universo es como una inmensa celada a nuestro alrededor... Otros, antes que yo, han pronunciado la palabra «farsa»...

Yo no llegaré a esa palabra mientras crea en Cristina.

Tan pesada es la noche y tan densa la obscuridad alrededor de la isla, que ésta parece más separada que nunca de la ciudad.

Parece una campana que me ahogue.

Apenas puedo respirar...

De pronto he oído la voz que llenaba todo el silencio horripilante.

Es la primera vez que oigo su voz a esta distancia. Y a lo mejor solamente me figuro haberla oído... ¡No, no! Quien ha pronunciado estas palabras ha sido ella... Yo no hubiera podido inventarlas... Quiero decir que no tenía ninguna razón para inventarlas... Eran palabras muy sencillas. Decía;

—¡Adiós, Gabriel!

No se movía. Estaba en el balcón. Su voz llenaba solemnemente el aire tan pesado, la noche sulfúrea... Y ante ella pasó el cortejo, formado por el viejo Norbert y su sobrino, que llevaban el cadáver arrollado en una manta...

El cofre quedaba abierto... Por lo tanto, yo había adivinado... Cuando yo subí al taller, ¡aun estaba el cadáver allí!

¿Es sobrehumana Cristina?... ¡No, no eres una muñeca sin corazón, oh celestial criatura!...

Ahora que ya he oído tu voz de oro en esta horrible noche de silencio, tu voz, que decía «adiós» a los sangrientos despojos de uno de los más bellos hijos de los hombres, he comprendido tu impasibilidad de estatua... ¿Acaso estarás decidida a reunirte con él en el fondo de ese elemento incógnito donde hay promesa de unión de las almas, pero donde quizá reina también el gran Pan de antaño, revestido con su piel de leopardo, de pagana Cristina?...

Desaparece, pues, y yo también desapareceré de esta tierra en cuyo seno tengo ansia de depositar mi abominable carroña.

Quisiera ser el cadáver que lloras... y que bajan al jardín...

No has querido ver más, te has incorporado en la noche amarilla y has desaparecido mientras se hundían en el pozo de sombras...

Pero en el fondo de las sombras nada se mueve... Si abriesen una fosa vería yo sus gestos negros...

La planta baja del pabellón siempre ha sido para mí algo obscuro y mal definido. Tres puertas estrechas y con arco de medio punto dando al jardín y no abriéndose jamás, completamente forradas de metal. Dos ventanas, una a cada lado,

ocultas por persianas. Durante mi acecho, dos o tres veces ha habido una especie de resplandor interno, atravesando todo aquello, como una chispa eléctrica vislumbrada por los intersticios de tabiques mal unidos... Pero luego todo volvía a la obscuridad...

Allí trabaja el sobrino cuando no está encerrado arriba con Cristina y el viejo Norbert... Seguramente se dedicará a experimentos de radiografía... En nuestros días no hay médico ni cirujano sin electricidad... También sé (chismorrerías de la señora Langlois) que a la derecha de esa planta baja hay un gran hornillo con toda clase de instrumentos, retortas y globos de cristal, como los que el cinematógrafo presentaba en los laboratorios de los antiguos hechiceros.

Y esta noche, el resplandor a través de las persianas viene de la parte derecha... Pero no es un chispazo eléctrico, sino un resplandor de llama ardiente que parece lamer por dentro las paredes y que luego se apaga súbito..., para renacer de pronto y extinguirse otra vez... Combustión extraña, desordenada, activada seguramente por el caño de algún líquido inflamable.

Y luego, repentinamente, sobre el techo, en la noche lívida y plomiza, hierve un torbellino sombrío, espeso, fúnebre, que vacila ante la dirección a seguir y, finalmente, se extiende sobre la isla, derrama sus escorias en los desiertos muelles, los envuelve con un velo de siniestro luto al mismo tiempo que con una atmósfera inquietante en que persiste un hedor imposible a más no poder.

¡Oh, qué imprudentes!...

TE SIENTAS Y LANZAS MIRADAS ZALAMERAS

Miércoles.—¡ Bueno ! ¡ Cristina no ha muerto de desesperación ! Está en mi taller y nada muerta, por cierto. ¡ Doy fe de ello ! *Realmente, ha sido una gentileza suya esto de venir a tranquilizarme...* Porque esta vez, si ha traspuesto el umbral, ha sido por mí y como adivinando que sólo su presencia podía calmar mi angustia, como adivinando que yo sabía...

Ha venido, sí; pero ¿ adónde quiere llegar, adónde ?

Está llena de gracias y viste de modo encantador un nuevo vestido primaveral, que seguramente se ha confeccionado ella misma con sus dedos de artista que no preveían el luto...

¡ Oh lo que una jover bonita puede hacer con linón blanco y azul y unos bordados !...

Claro está que no se ha hecho el vestido por mí, pero no me cabe duda de que por mí se lo ha puesto.

De estar su cuerpo verdaderamente enlutado, ¡ muy temible es su vestido de claridad !... ¿ Qué designio abrigará Cristina para ser coqueta con el monstruo ?

Procuro no perder de vista semejante pregunta,

30489

para pisar tierra firme en la nueva revuelta de la inexplicable aventura. Pero luego abandono la pregunta, prescindo de todo y me siento dar vueltas en el fondo del abismo, horriblemente feliz al verme hundido por ella, bajo su mirada que me sonríe, que me necesita... Porque si no me necesitara, no estaría aquí con toda su coquetería... ¡Me necesita *para su crimen!*...

¡Que haga de mí cuanto quiera!... ¡Estoy presto a cargar con todas las responsabilidades!...

No puedo concebir que el menor peligro amenaza a esta muchacha admirable, cuyas manos desnudas revolotean entre las páginas de Verlaine.

Durante más de dos años he visto pasar a esta duquesa despreciativa. Y para que su gracia zalamera venga a sentarse ante mí, ante mi mostrador, ha de haberse producido algo fabuloso.

¡Bendito sea el crimen... y el horrible hedor que esta noche me desgañitaba bajo el techo, el maldito hedor del holocausto que había de perseguirme toda la vida!... Ya no lo noto, porque ha venido el perfume de ella...

¡Oh el olor de su carne viva y desnuda bajo los linones con bordados!

¡La vida es más fuerte que la muerte!

¡Habla, mujer!

Espera un poco. Primero voy a enviar a un recado al aprendiz, que anda al olisque por el fondo del taller... Y luego voy a cerrar la puerta para que la calle no entre en mi casa. ¿Comprendes?... Esto será tema de conversación en las veladas de la isla... El hocico de la señorita Baréscat ha avanzado entre los vidrios inquietantes de sus gafas y bajo el arco de triunfo de su gorro planchado; la cara chata de la señora Langlois refleja una puesta de sol en el horizonte limitado por la salchichería...

Tras los cristales tiemblan las cortinillas bajo dedos ágiles...

—Me acerco a usted como a un amigo...

Intento sonreír.

—¿Como a un amigo? Pero ¡si no me conoce!...

—Sí, caballero, le conozco... Por de pronto era usted mi vecino desde hace años. Y como soy curioso, he querido saber quién era mi vecino...

—Un pobre encuadernador, señorita...

—¡Un gran poeta, caballero!

He quedado inmóvil. Mi silencio no la ha turbado lo más mínimo. Ha apoyado su codo ebúrneo (porque las mangas de la blusa de linón son muy cortas) en los volúmenes amontonados ante ella, ha colocado suavemente su cabeza adorable en los pétalos de su mano no deshonrada por ninguna alhaja, y mirándome—*¡mirándome!*—ha recitado:

«Dedicado a la que pasa.—Cuando pasas cerca de mí, no muevas, por amor de Dios, las cejas; que tu mirada permanezca helada en su lago inmóvil; si quisieras, las carantoñas de tus ojos beberían la sangre de mucha gente. ¡Oh dulce amada! En nombre de tu juventud, ¡no me hagas llorar!... Soy un huérfano, soy un niño... ¡Nada podría contenerme!... ¡No me atraigas a tu fuego!... Tu amor me ha vuelto semejante a las nubes desgarradas por la tempestad.»

—¡Basta!—interrumpí con una agitación rayana en el ataque de nervios—. ¡Basta! Esos versos son muy malos. Olvida usted que, si bien la encuadernación que les adornaba en la última exposición obtuvo el primer premio, ellos no tuvieron ningún éxito... Y así había de ser, ya que, en fin de cuentas, no iban firmados por ningún nombre conocido...

—No llevaban firma alguna—dijo ella sin conmo-

verse por el estado en que me veía—; pero pensé que serían de usted...

Palidecí atrozmente, sin atreverme a mirarla. A la embriaguez de poco antes sucedía una rabia que me ahogaba... Aquella mujer, sin duda alguna, se estaba burlando de mí. Y ¡con qué tranquila audacia! Por fin pude hablar, y le manifesté:

—¡Qué cruel es usted!... A decir verdad, yo siempre he pensado que era usted demasiado guapa para no ser la crueldad personificada, quizá sin figurárselo, lo cual es su única excusa...

—Continúe—repuso ella lentamente—. Yo no he venido aquí en busca de cumplimientos.

—¿En busca de qué ha venido?...

Luego de pronunciar tales palabras, hubiera querido recogerlas. Pero yo estaba fuera de mí. Y como sucede a todos los tímidos cuando dan un escape inesperado a su atrevimiento, perdí toda noción de la medida. Sin esperar su respuesta, la abrumé con reproches estúpidos, como si me hubiera dado algún derecho sobre ella mediante su anterior conducta para conmigo...

Yo, sí, había hecho versos, mas para mí solo. Y nadie, ni ella, podía venir a mofarse de mi soledad y de mi desgracia...

—Asegura usted conocerme—añadió—, y antes de entrar aquí no ha encontrado nada mejor que tomar por cómplice mi vanidad de autor, ¿eh? De sospechar usted el desprecio que siento por mí y por los demás, *por todos los demás*, se hubiera abstenido de aprender de memoria un mal secreto olvidado por mí hacía tiempo.

No repuso nada; pero cuando yo hube acabado continuó tranquilamente diciendo versos míos, y hasta prosa, lo cual es bastante raro... ¿Dónde, en qué cajón del muelle había podido encontrar los miserables opúsculos?... Conocía toda mi obra, mi

obra pobre, desgarradora, blasfematoria, enternecedora e indignante... Y la conocía igual que yo, mejor que yo, pues su manera de decir demostraba que a veces añadía un sentido superior a un texto cuyo valor no había percibido yo en su totalidad...

Decididamente, la inteligencia de Cristina es prodigiosa. Lo digo sencillamente, sinceramente, porque soy muy difícil de comprender y ella es casi la única persona que me ha comprendido. De todas maneras, me anonada esa revelación. Desde un tiempo que yo no podía calcular esa mujer que pasaba cerca de mí sin mirarme jamás, ¡vivía con mis pensamientos!...

¿Por qué ha esperado tanto para revelármelo? ¿Por qué? ¿Por qué hoy y no ayer?...

Seguramente lee en mí como en un libro, porque al punto contesta:

—Hace poco, caballero, me ha preguntado qué venía a buscar. Pues bien: ¡he venido para pedirle un gran favor!... Mi padre, mi primo y yo atravesamos en este momento una crisis atroz... (¡Hola, hola!—pensaba yo—. ¡Ya está todo en claro! Ella sabe que yo sé, que yo he visto. Siente la necesidad de explicarse, cede a la necesidad de entrar en negociaciones con el vecino de enfrente. ¿Qué mentira voy a oír?...). Una crisis atroz—repitió ella. Y bajó la cabeza, y sus ojos se apartaron de mí, y la sala se llenó de una sombra opaca—. Estamos arruinados... Hace tiempo que nos hemos comido lo heredado de mi madre... Y lo que ganamos es una insignificancia... Veo en esa estantería los *Estudios filosóficos*, de Balzac. ¿Ha leído usted *La investigación de lo absoluto*? Claro está que la habrá leído. No sé si usted opinará como yo; pero estimo que esa novela y *Luis Lambert* son las obras más bellas, más nobles y también más dramáticas de Balzac. ¿Qué cosa más angustiada, en verdad,

que la suerte de aquella familia burguesa y próspera arruinada poco a poco por una idea genial? Nada resiste a la sublime locura del inventor, y los hijos se ven obligados a sufrir el desastre del viejo Claës como... ¡Ya me entiende usted, caballero! Ahora bien: en lo referente al relojero de la Ile-Saint-Louis hay una pequeña diferencia... Los hijos del héroe de Balzac no creen en su genio; su mujer, tampoco (lo cual hace más emocionante su abnegación); en cambio, los hijos de Norbert, o sea su sobrino y yo, tienen la fe más absoluta en él, y de ser necesario no hubieran vacilado a obligar a su padre a seguir el camino emprendido en el caso de que hubiera vacilado...

—¡Caramba!—exclamé—. ¿Y todo eso por el movimiento continuo?

—Por el movimiento continuo o por otra cosa, caballero.

—No me tenga por indiscreto. Ya sabía que al hablarle del movimiento continuo no le manifestaba ninguna novedad, respecto a los rumores que corren por las trastiendas del barrio.

Cristina levantó la cabeza, sonrió y todo quedó nuevamente iluminado *a giorno*.

—Hablemos seriamente, por favor... Le voy a decir de qué vivimos... Ya le he demostrado que le conocía mejor de lo que se figuraba... Ahora voy a demostrarle que le considero como a un amigo... (Su cara se puso extraordinariamente seria.) ¡Sí! Voy a hablarle como a un amigo, como a un hermano... (¡Ah! Ya está aquí lo que yo esperaba... ¡Como a un hermano!... Estas mujeres siempre me hablan como a un hermano...)

»Estamos—continuó diciendo—a merced del propietario de nuestra casa, el marqués de Coulteray... Le debemos muchos meses... Si se le antoja puede echarnos mañana mismo a la calle. Y no lo hace

por mí... *El marqués de Coulteray me galantea...* (¡Cómo! ¡Otro! ¿Y ha venido para decirme eso?... Me parece que la Virgen de la Ile-Saint-Louis tiene bastante que hacer con su prometido, el cadáver de su Gabriel, su marqués y su hermano el encuadernador artístico. ¡Oh, Cristina, enigma cada vez más indescifrable!) Me galantea de una manera muy discreta..., al menos hasta ahora... Mi presencia en su casa le gusta, y hasta asegura que le es necesaria... Todos los días paso algunas horas en su palacio con excusa de trabajillos a realizar, como por ejemplo, aplicaciones para viejos facistolos, cierres para antifonarios... Su biblioteca no tiene par... Ya lo verá usted.

—Ya lo veré—dije por decir algo, con aire desconcertado.

—Claro, claro. Al menos así lo espero, porque en caso contrario no habría razón para que yo viniera a hacerle tales confidencias.

—Está bien, está bien... Continúe...

—Al final de la biblioteca hay un cuartito de unos cuantos metros cuadrados, que el marqués ha hecho transformar para mí en taller, y que también le servirá a usted si... acepta la proposición que le hice el otro día... Tengo confianza en usted, Benito Masson, y se lo he dicho todo... (¡Oh, cómo mienten las mujeres!) ¡Ayúdeme!... Si rompo con el marqués, no solamente perderé el pequeño sueldo de que vivimos, sino que seguramente no vacilará en echarnos a la calle... Y sería una verdadera catástrofe que abandonáramos nuestro domicilio de la Ile-Saint-Louis.

Silencio. Ya habíamos llegado a lo interesante. Siempre es peligroso abandonar un sitio donde recientemente se ha cometido un asesinato. Un cadáver suele dejar huellas, aun cuando se le haya sometido a la acción del fuego. ¡Cuántos ejemplos

de esto trae la sección de sucesos!... Porque el caso era que, mientras la joven me hablaba de un asunto no esperado por mí, yo no pensaba más que en el drama que yo había visto y del que ella parecía no acordarse... Pero, en fin, ¿vamos a entrar ya en lo interesante?... ¡Ca! Me he equivocado otra vez. Gabriel ni de cerca ni de lejos será tema de la conversación. Cristina, muy triste, continúa diciendo:

—Sería una verdadera catástrofe para nuestros trabajos... No podemos llevarlos a otra parte, porque nos es imposible material y financieramente... Sería el fin de todo. Sería el fin de tres vidas, y quizá de más.

¡Hola, hola! ¿Conque Gabriel no entra en la cuenta? La joven se figura que yo no sé nada... De todos modos, ella está enterada y no parece preocupada en modo alguno. Pero ¿qué cosas imagino? A lo mejor, ella, con su rostro radiante y su vestido claro, no piensa más que en aquello... Sería, claro está, un monstruo... ¿Por qué no?... Con ella voy del cielo al infierno tan rápidamente como una onda hertziana. Somos dos monstruos hechos para comprendernos... Y le digo:

—Si no me equivoco, me pide usted que acepte ser algo así como bibliotecario encuadernador del señor marqués de Coulteray. Y me pide usted eso porque teme quedarse a solas con él...

—¡Eso, eso es!... ¿Ve usted qué confianza?

—Veo, en efecto, la confianza... ¡Oh la confianza!... Pero el marqués me considerará como un enemigo...

—No, porque yo he impuesto condiciones... Lo mejor es que usted lo sepa todo... Yo quería irme o hacía como que quería irme para no volver... Me había dicho cosas que me habían desagradado... Es un gran señor extraordinariamente cortés,

y a veces increíblemente audaz... Llegó a creer que yo no volvería... Y entonces me suplicó... Yo le dije que no me quedaría si no había una tercera persona... Y aceptó... Pero todo esto es muy reciente, ¿eh? De esta misma mañana. Y he venido a verle, porque seguidamente he pensado en usted...

—Como en un viejo amigo, como en un hermano, ¿verdad?... Pero—pregunté de repente—¿qué pinta la marquesa en todo esto?

—La marquesa—respondió Cristina frunciendo el ceño—también me ha rogado que me quede. (Siempre ocurre lo mismo, pensó.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apt. 1325 MONTERREY, MEXICO